consonni

Miren Amuriza

Pleibak

TRADUCCIÓN
Danele Sarriugarte

Pleibak

I

1.

No sabría decirte cuándo comenzó todo esto. Veo nuestras versiones infantiles lanzando huesos de yegua a la fosa de Arremiñe; tú esparciendo un puñado de polvo de tierra por encima del montón y yo colgando el cráneo de la rama de un pino. Pero no sabría decirte cuándo ni cómo comenzó.

Si piensas escribir un libro algún día, tú empieza por el verano en que bajé al Moro, así, directamente, sin enrollarte con presentaciones ni mierdas. Y pon que tenía dieciséis años y que iba de copiloto: es más imponente que decir que fui en el no-maletero de un coche viejo. Yo encima de las mochilas, medio agachada para no darme golpes en la cabeza, Olabe y Adri en el asiento de atrás con las piernas bien abiertas, y

delante, el chófer, sujetando el volante con una mano y con la otra la jaula de pollos que llevaba en lugar del copiloto. Pero tú pon que iba delante. Y que era de noche. Viajábamos a plena luz del día, pero tú pon que era de noche. Y que me dejaron tirada al borde de la carretera. Eso es verdad. Y también que cuando salí del taxi se me acumularon de golpe todas las ganas de hacer pis que llevaba aguantándome desde sexto de primaria.

Imagínatelo: yo meando en cuclillas en los matorrales, ellos arrancando y alejándose cuesta arriba; yo corriendo, hostiaputa, hostiaputa, y ellos reduciendo la velocidad con la superioridad del canijo que deja que su hermana pequeña le gane un pulso. Pero eso no tienes por qué ponerlo; pon que los alcancé yo. Porque para entonces ya me olía que aquella escapada no se iba a parecer en nada a la travesía iniciática de mis fantasías, pero me agarré a ella como un gato a una cortina; iba dispuesta a comerme cualquier cosa. Comer, me refiero a comer.

La intención era bajar al Rif para cuatro o cinco días y traernos unas huevas; guardarme lo que necesitara y, después, vender el resto y reunir algo de dinero para cuando me fuera de casa a los dieciocho. Era un planazo; cuando te lo conté me miraste como Marge Simpson miró a Homer el día en que se compró la quitanieves, pero era un planazo, no hay duda. No todas éramos como tú ni nos íbamos de vacaciones a sitios donde se hablaba francés, guapa. Yo no, al menos.

Yo, como mucho, llegaría a La Rioja o a Cantabria en alguna de aquellas excursiones que les pagaba la Agraria a

la abuela y a sus amigas para que se pusieran chándal y zapatillas una vez al año. Hotel Buenavista. Hostal Arnedillo. Pensión Las Palomas. De vez en cuando nos juntábamos en una habitación con otras tres mujeres, y juega en la bañera, me decían, tú juega en la bañera.

Saco la cabeza del agua y las escucho lanzar grititos, cuatro lecheras hirviendo según les sube la espuma. Quiero saber. Saber. Saber. Saber. Y cuando consigo abrir un poco más la puerta con la punta de los dedos mojados, me quedo con la barbilla pegada al borde de la bañera mirando el Dragon Khan: Karmen la de Betzuen y Mertxe sentadas encima de la cama sirviéndose Moscato la una a la otra, con la abuela y Pili a cada lado. En la pared, una pequeña televisión, y en la televisión, una peli porno noventera de Canal Plus, muteada; las Rural Golden Girls alzan los brazos chillando cada vez que aparece un pene, y yo sumerjo la cabeza.

Y, de repente, tenía quince años y dejaba atrás Chauen con tres farloperos: te has dormido. ¿Qué? Que te has dormido. Adri hablándome. Yo mirando a Olabe. Olabe intercambiando las tarjetas de los móviles.

Parecía uno de esos hombretones desproporcionados que dibujabas de pequeña con su cuerpo rectangular y su cabeza-cenicero cuadrada, unas gafas de sol con cristal amarillo en la frente y un tribal taleguero tatuado en el brazo. La puerta se me ha puesto chula, decía, cada vez que aparecía con los nudillos marcados; o el armario me ha levantao la voz; la pared no me quería dejar pasar. Nunca se le ocurría nada bueno al cabrón.

Aquel verano ató una cabra a la arboleda del velódromo y cada vez que iban de puestón tentaba a sus colegas para que le dieran por detrás con cualquier cosa que tuvieran a mano. A la cabra, no a él. Pero era una leyenda urbana. Para ti era un bestia y para mí el putoamo desde que me sacó a Marruecos con un pasaporte falso; cuando llegamos a Bab Taza lo recibieron como si fuera un jeque, joder. Fue él quien nos llevó al casoplón de Jamiro, fue él quien me pasó mi primera cachimba, fue él quien me señaló, encima de la mesilla de aquella especie de salón, eso es hachís, eso es coca, eso es un bollicao.

Ahora lo pienso, y me digo: puta lerda. Porque nada más llegar nos cobraron lo que íbamos a comprar más lo que comeríamos, beberíamos y fumaríamos mientras estuviéramos en la casa, y luego dejaron nuestra pasta medio tirada por el suelo; veo mis ahorros, todos mis ahorros, caídos al borde de la alfombra como envoltorios de magdalena arrugados.

Esa es la clase de detalle que te gustaría, lo de los envoltorios de magdalena. Para el libro, me refiero. Eso, y la tensión telenovelesca que se hizo en la cocina de Agarre los días que estuve fuera. Beda de pie, Largo sentado; Beda tiñendo el pelo de Largo: ¿y si la han secuestrao? ¡Qué la van a secuestrar! Largo agarrando con los dedos las puntas de la toalla que tiene en el pecho y bajando la cabeza como un buey hacia el abrevadero, Beda pasando un peine mojado por la nuca de Largo: ¿y si está tirada en una cuneta? Beda buscando en el listín el número de la comisaría de Durango y Largo diciéndole a Beda que yo iba a volver por donde me había ido. Veo

a la abuela con los ojos enrojecidos por el amoniaco, veo al abuelo con la tinta corriéndole por las sienes. Beda y Largo. Largo y Beda. Los viernes, los sábados y los domingos, los julios y agostos de mi niñez.

Les había avisado de que me iba fuera algunos días. Pero no te dieron permiso, me dirías. Pero les había avisado.